Cº 425.m.33

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Caja 425 nº 99

El Programa Socialista

COMENTARIOS

POR

Pablo Iglesias.

BIBLIOTECA NACIONAL

10 céntimos.

Madrid, 1910. :: :: ::
VIDA SOCIALISTA
Limón, número 8. :: ::

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

EL PROGRAMA SOCIALISTA

COMENTARIOS

POR

PABLO IGLESIAS

MADRID, 1910
"Vida Socialista". - Limón, 8

Biblioteca Nacional de España

Imp. de GACETA ADMINISTRATIVA
Leganitos, 54.—Teléf. 2.499.—MADRID

Biblioteca Nacional de España

EL PROGRAMA

Considerando:

Que esta sociedad es injusta porque divide á sus miembros en dos clases desiguales y antagónicas; una, la burguesía, que, poseyendo los instrumentos de trabajo, es la clase dominante; otra, el proletariado, que, no poseyendo más que su fuerza vital, es la clase dominada;

Que la sujeción económica del proletariado es la causa primera de la esclavitud en todas sus formas: la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política;

Que los privilegios de la burguesía están garantizados por el Poder político, del cual se vale para dominar al proletariado.

Por otra parte:

Considerando que la necesidad, la razón y la justicia exigen que la desigualdad y el antagonismo entre una y otra clase desaparezcan, reformando ó destruyendo el estado social que los produce;

Que esto no puede conseguirse sino transformando la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la sociedad entera;

Que la poderosa palanca con que el proletariado ha de destruir los obstáculos que á la transfarmación de la propiedad se oponen ha de ser el Poder político, del cual se vale la burguesía para impedir la reivindicación de nuestros derechos,

El Partido Socialista declara que tiene por aspiración:

1.° La posesión del Poder político por la clase trabajadora.

Biblioteca Nacional de España

2.° **La transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad colectiva, social ó común.**

Entendemos por instrumentos de trabajo la tierra, las minas, los transportes, las fábricas, máquinas, capital-moneda, etc., etc.

3.° **La organización de la sociedad sobre la base de la federación económica, el usufructo de los instrumentos de trabajo por las colectividades obreras, garantizando á todos sus miembros el producto total de su trabajo, y la enseñanza general científica y especial de cada profesión á los individuos de uno ú otro sexo.**

4.° **La satisfacción por la sociedad de las necesidades de los impedidos por edad ó padecimiento.**

En suma: el ideal del Partido Socialista Obrero es **la completa emancipación de la clase trabajadora;** es decir, **la abolición de todas las clases sociales y su conversión en una sola de trabajadores, dueños del fruto de su trabajo, libres, iguales, honrados é inteligentes.**

El Partido Socialista Obrero considera necesario, para realizar su aspiración, obtener las siguientes medidas políticas y económicas:

POLÍTICAS

Derechos de Asociación, de Reunión, de Petición, de Manifestación y de Coalición. — Libertad de la Prensa.—Sufragio universal.—Seguridad individual. Inviolabilidad de la correspondencia y del domicilio.—Abolición de la pena de muerte. — Justicia gratuita.—Jurado para toda clase de delitos.—Supresión de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo.—Abolición de la Deuda pública.—Supresión del presupuesto del Clero y confiscación de sus bienes.

ECONÓMICAS

Jornada legal de ocho horas de trabajo para los adultos.—Prohibición del trabajo de los niños menores de catorce años y reducción de la jornada de trabajo á seis horas para los de catorce á dieciocho.—Salario mínimo legal, determinado cada año por una

Biblioteca Nacional de España

Comisión de Estadística obrera, con arreglo á los precios de los artículos de primera necesidad.—Salario igual para las obreras que para los obreros.—Descanso de un día por semana, ó prohibición legal á los industriales de hacer trabajar á los obreros más de seis días por cada siete. — Prohibición del trabajo de las mujeres cuando éste sea poco higiénico ó contrario á las buenas costumbres.—Creación de Comisiones de Vigilancia, elegidas por los obreros, para inspeccionar las habitaciones en que éstos viven, las minas, fábricas, talleres y demás centros de producción.—Protección á las Casas de Socorro y pensiones á los inválidos del trabajo.—Reglamentación del trabajo de las prisiones.—Creación de escuelas profesionales y de primera y segunda enseñanza, gratuita y laica.—Responsabilidad de los patronos en los accidentes del trabajo, garantida por una fianza metálica, depositada por el industrial en las Cajas de las Sociedades obreras, y proporcional al número de trabajadores empleados y á los peligros que presente la industria.—Reforma de las leyes de inquilinato y desahucio y de todas aquéllas que tiendan directa ó indirectamente á lesionar los intereses de la clase trabajadora.—Anulación de todos los contratos enajenando la propiedad pública (ferrocarriles, minas, arsenales, etc.), y explotación de todos los talleres del Estado por las Sociedades obreras.—Abolición de todos los impuestos indirectos y transformación de los directos en un impuesto progresivo sobre las rentas ó beneficios mayores de 3.000 pesetas.

Y todas cuantas medidas conduzcan al término de la esclavitud obrera.

Biblioteca Nacional de España
Biblioteca Nacional de España

Programa municipal.

Abolición de todos los impuestos que perjudiquen á la clase trabajadora.

Fijación de un salario mínimo para los empleados y obreros del Municipio que les permita satisfacer sus primeras necesidades. Este salario se determinará todos los años por el Ayuntamiento, de acuerdo con las Sociedades obreras de resistencia.

Jornada máxima de ocho horas para todos los trabajos y servicios del Municipio.

Cantinas escolares donde se dé gratuitamente una comida sana á los hijos de los trabajadores en el tiempo que media entre la clase de la mañana y la de la tarde.

Dar todos los años á esos niños ropa y calzado, un traje y un par de botas ó zapatos á la entrada del invierno, y otro traje y otro par de botas á la entrada del verano.

Asistencia médica y servicio farmacéutico gratuitos.

Creación de asilos para los ancianos y los inválidos.

Idem de asilos de noche y distribución de víveres para los viandantes y los que buscan colocación sin tener residencia fija.

Idem de Casas de Maternidad para los niños cuyas madres tienen que abandonarlos durante el día ó la noche para ir al taller ó á la fábrica.

Idem de Casas de baños ylavaderos públicos gratuitos.

Idem de Bolsas de Trabajo, ó edificios donde tengan domicilio gratis y local para celebrar reuniones las Sociedades obreras que se proponen mejorar la condición de sus individuos ó de su clase.

Abolición de las subvenciones de carácter religioso.

Retribución de las funciones municipales con arreglo al salario máximo que perciban los trabajadores, á fin de que los concejales obreros puedan desempeñar su cargo.

Exigir el exacto cumplimiento de las Ordenanzas municipales en todo cuanto favorecen á los trabajadores, y principalmente en lo que se refiere á la higiene de las habitaciones, análisis de los artículos alimenticios, derribo de las casas denunciadas y andamiaje de las obras.

Biblioteca Nacional de España

I

Por no ser demasiado prolijos dejaremos de señalar los datos justificativos de que la historia de la Humanidad es la historia de la lucha de clases, y de esta lucha, mantenida constantemente, ha eliminado del campo de batalla algunas de aquéllas, dejando en pie á la fecha dos clases no más. Sólo nos concretaremos á poner de relieve la existencia de éstas y los intereses distintos y opuestos que tiene cada una respecto de la otra.

Ante todo, desharemos un error que unos de buena fe y otros interesadamente sostienen todavía: el de que existe clase aristocrática y clase teocrática. Ambas clases desaparecieron con el advenimiento al Poder de la burguesía. La abolición total del feudalismo, debida en Inglaterra á la Revolución del siglo XVI, en Francia á la Revolución del siglo antepasado y en los demás países al triunfo de la Monarquía constitucional, fué la muerte, como clases, del clero y de la aristocracia. Salvo los inútiles esfuerzos de algunos elementos clericales de nuestro país por volver al antiguo régimen y mantenerse separados de la clase dominante, los restos de las clases teocráticas y aristocráticas se confunden hoy en todos los países con la burguesía, á la cual prestan sus servicios. De ningún modo, pues, deben considerarse como clases sociales los residuos de la aristocracia y el clero.

De las distintas clases sociales que en épocas anteriores existieron, sólo quedan la burguesa y la obrera: constituyen propiamente la primera los individuos que, disponiendo de los medios de producción, se apropian una parte del trabajo de los que están desposeídos de ellos; pertenecen á la segunda

Biblioteca Nacional de España
Biblioteca Nacional de España

los obreros que siendo propietarios de los instrumentos del trabajo, los ponen ellos mismos en función é igualmente todos los proletarios que carecen de dichos instrumentos y para poder vivir ó, mejor aun, vegetar, vense forzosamente obligados á vender su fuerza de trabajo, sus brazos, por una cantidad muy inferior á los valores que producen. El Militarismo, la Magistratura, el Clero, la Policía, etc., etc., no son hoy clases sociales, sino instituciones mantenidas ó creadas por la burguesía para que defiendan sus intereses; y los individuos que figuran en ellas salen de ambas clases, aunque la mayoría son reclutados en las filas de los desheredados.

Desde el momento que hay una clase—la burguesa—que vive á expensas de otra clase—la proletaria—, la diferencia, el antagonismo, el odio entre una y otra tienen forzosamente que existir. Mientras el desarrollo industrial, agrícola y comercial ha estado contenido dentro de ciertos límites, esas diferencias, antagonismos y odios han permanecido encubiertos algún tanto por las relaciones aparentemente armónicas y amigables que existían entre obrero y maestro ó patrono. En esa época, los choques y conflictos entre unos y otros apenas existían. Pero inmediatamente que á la pequeña industria, al cultivo en pequeño y al comercio en reducida escala, sucedieron los grandes talleres, la división del trabajo y los inventos mecánicos, las costumbres semipatriarcales existentes entre pequeños burgueses y obreros se borraron por completo, apareciendo en su lugar un antagonismo abierto, franco, declarado, que de día en día adquiere mayores proporciones. ¿Qué vemos actualmente dentro del taller? ¿Cuáles son en el terreno económico las relaciones entre asalariado y patrono? Para el burgués, cualquiera que sea su categoría, no hay más mira, más objetivo ni más interés que arrancar al obrero la mayor cantidad de trabajo por el más corto salario. Que éste no alcance á cubrir las necesidades del que lo percibe; que la salud del asalariado se resienta por el excesivo trabajo que se le obliga á realizar, que por lo mismo su vida corra peligro de extinguirse en edad temprana, nada de esto, en tanto sea sufrido y tolerado por el que lo padece, interesa al burgués. Este, atento sólo á su negocio, no piensa mas que en explotar cuanto puede á los que no considera sino como fuente de beneficios y riqueza.

Por su parte, el obrero, en lo que le permite su si-

Biblioteca Nacional de España

tuación inferior respecto al patrono, el corto conocimiento de su estado y los escasos medios de que puede disponer, se cuida y preocupa únicamente de conseguir que su trabajo disminuya, que su retribución sea mejor que la que viene percibiendo y de gozar dentro del taller la mayor consideración. Si la conquista de estos beneficios pone en apuro al burgués de quien los reclama, por no poder éste competir con sus rivales en producción, al trabajador nada le importa. Y así como al patrono no le afectan las cuitas y dolores de los obreros, éstos permanecen impasibles ante las contrariedades ó desdichas que puedan ocurrir á los burgueses. De la fuerza se valen los patronos para imponer sus condiciones á los obreros; de la fuerza de su unión se valen éstos para arrancar á sus explotadores una retribución mayor ó una jornada más corta.

Por eso vemos cómo las huelgas, signo el más característico del antagonismo social, á pesar de costar de una parte y de otra cuantiosas sumas, se generalizan y revisten un carácter más imponente y amenazador cada día. En esta lucha el obrero no cede hasta que el hambre le obliga, y el industrial pelea hasta que el vacío causado en su gaveta le impone la rendición. Y como en esta lucha de intereses y en esta desigualdad de condiciones, el obrero desempeña siempre el papel de víctima y el burgués el de verdugo, la indiferencia conque éste ve la muerte de un obrero, es pagada por los asalariados con la alegría que experimentan al saber la muerte de un burgués, de su enemigo.

Si en las relaciones económicas el antagonismo de las dos clases aparece en toda su desnudez, también se presenta, aunque con menos fuerza, en las relaciones políticas de clase á clase.

Allí donde los trabajadores aparecen dormidos para el movimiento político, los Gobiernos, representación de la clase burguesa, ni prestan atención á sus males, ni menos se preocupan de buscarles algún remedio; por el contrario, aprovechando el estado letárgico de los proletarios, muévense con afán por extender el campo de la explotación obrera, barriendo los obstáculos que se oponen al desarrollo de la clase expoliadora. Si en vez de estar adormecidas las masas proletarias, pelean en el campo político por disminuir su explotación y aliviar su malestar, entonces los Gobiernos, atentos siempre al interés de la clase que representan, al interés de la

Biblioteca Nacional de España

burguesía, niéganse á satisfacer las reclamaciones de aquéllos, persiguiéndolos con rabia por haberlas formulado, y sólo ceden cuando los obreros, como en la lucha económica, les hacen sentir su fuerza.

En estas contiendas, la clase proletaria tampoco tiene en cuenta si su actitud, si sus movimientos pueden perjudicar en algo los intereses de la burguesía: lo que á ella le importa es ver el modo de arrancarla el mayor número de concesiones. Más todavía: los mismos obreros que por error militan en los bandos burgueses no se hallan animados de sentimientos de concordia; antes al contrario, siéntense impulsados casi siempre por la idea de mejorar su condición mermando los monopolios y privilegios de la clase explotadora.

Por dondequiera, pues, que tendamos la vista, el antagonismo entre la clase obrera y la clase burguesa manifiéstase abiertamente. Podría decirse que se halla en el aire que respiramos.

El antagonismo social existente, como los antagonismos anteriores, no le han inventado los socialistas, como dicen muchos de sus enemigos, ni tampoco los que no tienen sus ideas: dicho antagonismo es una consecuencia natural, precisa, de la forma de producción burguesa. Lo que los socialistas han hecho ha sido descubrirle, conocer su origen, señalarle á la clase trabajadora para que abandone engañosos ideales y entre en el terreno de la lucha de clases.

Y, en efecto, desde que ese antagonismo fué descubierto, los proletarios, desechando las falsas ideas que acerca de las relaciones sociales tenían, han comprendido que para mejorar su estado y para lograr su emancipación, el primer paso que deben dar es organizarse como clase, separándose de los partidos burgueses.

II

Anteriormente hicimos ver que la actual sociedad, la sociedad burguesa, se halla constituída por dos solas clases, cuyos intereses viven en perpetuo antagonismo, en constante guerra; ahora vamos á demostrar cómo la clase burguesa es clase dominante por hallarse en posesión de los instrumentos de trabajo—tierra, minas, ferrocarriles, buques, fábricas,

Biblioteca Nacional de España

capital-moneda, etc., etc.—, y cómo la clase proletaria sufre el dominio de aquélla, es su esclava, por no disponer de más propiedad, ni de más medios para poder vivir que su fuerza de trabajo.

No tenemos necesidad de ser muy extensos para lograr nuestro objeto.

Desde el momento en que los obreros carecen de las materias y de los útiles necesarios para crear por sí mismos valores ó productos con cuya venta puedan adquirir recursos con que atender á sus necesidades, ¿á qué se ven obligados? A una de dos cosas: á morirse de hambre ó á alquilar diariamente sus brazos, su fuerza de trabajo á los monopolizadores de los medios de producción. Como el primer extremo está fuera de lo lógico y razonable tratándose de una clase, los obreros optan por el segundo: venden sus servicios, su actividad, á los capitalistas. Pero cuando esto ocurre, en el instante que el obrero vese constreñido á trabajar por cuenta de otro individuo, el primer paso en el camino de dependencia está dado. La razón es bien sencilla: el burgués, el comprador de la fuerza del trabajo, adquiere ésta por un valor inferior al que luego, puesta en acción, ha de producir esa misma fuerza. Si el obrero no la hubiera vendido así, es decir, con pérdida para él, el burgués ó capitalista no la hubiese comprado. No tiene dinero el capitalista para cambiarle solamente, y menos todavía para darle por una cosa que no valga lo que él ha dado. Su dinero, al emplearle en fuerza de trabajo, ha de aumentarse después en un quinto, en un tercio, en la mitad, en lo que sea, pero ha de aumentarse siempre.

Efectivamente, el salario, que es la retribución de la fuerza de trabajo, por crecido que sea, por mucho que se eleve, ordinariamente no llega á pasar ni á igualar siquiera en valor á los productos que crea el obrero que lo percibe. Si, por ejemplo, el salario de un trabajador es de 3, 4 ó 5 pesetas, los valores que con sus energías produzca han de ser, respectivamente, por lo menos, de 3 $^1/_2$, 4 $^1/_2$ y 5 $^1/_2$ pesetas; generalmente, asciende á más, llegado algunas veces á doblar el tipo del salario y aun á sobrepasarle. Cuando, por excepción, el salario iguala ó excede á la cantidad de productos que crea el trabajador, es porque el burgués, el comprador de la fuerza obrera, se ha equivocado en sus cálculos—cosa rarísima—, ó porque una circunstancia extraña á sus propósitos ha venido á depreciar la fuerza de trabajo

Biblioteca Nacional de España

por él adquirida: en estos casos, si el burgués no cuenta con grandes recursos, con un buen capital, suele descender del rango de explotador al de explotado; de verdugo al de víctima.

Así, pues, si el salario no es mas que una parte del valor que produce el obrero al cabo del día, la otra parte, que va al bolsillo del capitalista, contribuye á que éste sea cada vez más poderoso, cuente con más medios de dominio é imponga su voluntad con más fuerza á los obreros que de él dependan. Y lo que ocurre á un gran patrono ó capitalista acontece á los demás, sin que los claros que la competencia causa en sus filas perjudiquen lo más mínimo á su poder; antes al contrario, con la concentración del capital, la fuerza y la acción de aquél hácense superiores á las que antes tenía.

En este estado de cosas, habiendo adquirido el desarrollo industrial poderoso vuelo, sería una insigne locura que el obrero, queriendo anular la explotación que siente y que por todas partes le oprime pensase en adquirir individualmente los instrumentos de trabajo. Si los perdió ó no pudo adquirirlos al empezar el sistema del salariado, que eran relativamente menos costosos y él disponía de algunos medios, ¿cómo lograr ahora hacerse con ellos siendo el salario relativamente más corto y el precio de aquellos sumamente alto? Y no ya personalmente, ni aun reunidos todos los obreros de un oficio pueden constituir capital bastante para hacerse dueños de los útiles y de las materias que necesita la producción á que se dediquen.

¿Qué cantidad pueden aportar los mineros para reunir los millones que valen las minas donde trabajan? ¿Cuál los trabajadores de los ferrocarriles, de los buques, de los arsenales, de las fábricas, para comprar todos esos instrumentos de trabajo?

Ninguna, digan lo que quieran los Moret y demás apóstoles interesados de la cooperación. Si el salario del obrero es insuficiente para satisfacer sus más apremiantes necesidades, ¿cómo es posible que saquen de él las sumas casi fabulosas que cuestan aquellos instrumentos?

Pero, en general, los trabajadores jamás han pensado en semejante medio para librarse de la dominación capitalista; nunca han sido tan cándidos. Lo que sí han hecho ha sido organizarse para aminorarla un poco; mas ni esto siquiera les está permitido hacer libremente á los que sólo cuentan con su

Biblioteca Nacional de España

fuerza vital. Como los que económicamente dominan en la presente organización social, políticamente dominan también, cuando los asalariados intentan algún movimiento para disminuir la explotación de que son víctimas, los capitalistas echan mano de las leyes que se han hecho por mandato suyo é imponen duros castigos á los proletarios que se distinguen por su actividad y energía; y si esto no les basta, acuden á las bayonetas para que hagan volver á las fábricas ó á las minas á los que, hartos de sufrir, abandonan esos lugares de tormento. Otras veces, sabiendo los capitalistas que tienen en sus manos los medios de vivir de los asalariados, castigan sus rebeldías por medio del hambre, esto es, suspendiendo los trabajos por uno ó dos meses. Esto hicieron los fabricantes de Roanne (Francia) el año 1882. Para imponer un correctivo á los obreros que presentaron algunas reclamaciones á dos fabricantes, suspendieron sus trabajos, arrojando á la calle, privando de pan durante cuarenta días á 4.000 trabajadores.

Imposible que los proletarios puedan dar un paso en ningún sentido favorable á sus intereses sin que inmediatamente los que son sus señores, los poseedores de los medios de producción, les oponga su veto y les hagan sentir la fuerza de su poder.

Ante estos hechos no cabe dudar que la posesión de los instrumentos de trabajo da á los dueños de éstos poder y fuerza para someter y esclavizar á los que carecen de ellos. Si así no fuera, ¿arrancarían á los obreros jornadas de trabajo de 12, 14 y 16 horas por 2, 3 y 4 reales? ¿Podrían embolsar diariamente muchos de aquellos poseedores un beneficio de 250, 500, 1.000 y hasta 2.000 duros? No.

Resulta, pues, de lo expuesto que la clase burguesa, por ser dueña de los medios de producción, es clase dominante, y que la clase obrera, por estar desposeída de ellos, es clase dominada.

III

Los burgueses no se contentan con arrebatar á los proletarios una parte del fruto de su trabajo, sino que además los insultan y calumnian. Calculan sin duda que cuando lo más — despojar á otro de lo

Biblioteca Nacional de España

suyo—les es permitido, lo menos—el ofender á los despojados—lo pueden hacer á sus anchas.

Según los modernos señores, si los obreros padecen hambre y miseria, lo deben á su abandono y á su falta de espíritu de economía; si son ignorantes, al vicio y á la crápula, y si no toman parte en la cosa pública, es decir, en los asuntos generales del país, porque su incapacidad é ineptitud los hace impropios para ello: en una palabra, que las desdichas que sufre la clase obrera son debidas á defectos de los mismos proletarios.

Tanta verdad dicen en esto los que viven del trabajo ajeno como cuando afirman que las instituciones económicas burguesas son de orden natural.

La miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política de la clase asalariada, según afirma nuestro programa, no tienen más origen que la sujeción económica de los obreros á la clase capitalista.

Querer buscar en otra parte la causa y la explicación de los males de los desheredados, es apartarse del camino de la verdad.

La miseria del proletariado, el pauperismo, no ha sido ocasionado por los malos hábitos y costumbres de los trabajadores; antes al contrario, unos y otras deben su existencia y su desarrollo á la esclavitud económica que han padecido y padecen.

Si así no fuera, los obreros vivirían desahogadamente y contarían con un porvenir seguro, cosa que á ninguno ocurre en la actualidad. ¿Cuál ha de ser el estado del obrero que, ganando un jornal de 2, 3 ó 4 pesetas, tiene que sustentar una familia compuesta de 4 ó 5 individuos? Cuando el término medio del salario de los trabajadores no llega á 10 reales, ¿habrá necesidad de fijarse mucho en el asunto para averiguar dónde está la causa de la horrible miseria que padecen los verdaderos productores? Las víctimas del régimen burgués son arrastradas á ella, no por sus defectos ó sus vicios, sino por la forma en que se distribuye la riqueza, yendo á parar la parte principal á la minoría parásita, y una parte, cada vez más exigua, á la inmensa masa laboriosa. En ese sencillo hecho económico está la causa de la desigualdad social, y su consecuencia inevitable, la miseria de los que trabajan.

Y no solamente no depende la pobreza del obrero de su falta de moralidad y de honradez, sino que cuanto más honrado sea, cuanto mayor grado alcan-

Biblioteca Nacional de España
Biblioteca Nacional de España

ce su nivel moral, su situación económica será más aflictiva y desesperada. La demostración es sencilla. Un obrero que se halle adornado de las cualidades antedichas no puede ser lacayo de los explotadores ni sufrir resignado las mil humillaciones que se cometen en el taller, siendo esto bastante para dificultar, y más en el tiempo que corremos, el que encuentre sitio donde ocupar sus brazos.

Además, en toda clase de reclamaciones al patrono, en toda cuestión de trabajo, está obligado á proceder de un modo correcto, y, por tanto, á sufrir más que otros las consecuencias de esos actos. Resulta, pues, de lo que acabamos de apuntar, que el trabajador más honrado, el más moral y concienzudo, no sólo no se libra de la miseria, sino que, al contrario, la siente más que los otros obreros inferiores á él en condiciones de carácter y moralidad. ¡A cuántos compañeros nuestros no ha pasado lo que aquí decimos! ¡Cuántos, no obstante su intachable conducta, viven en medio de las mayores privaciones! La dicha, las comodidades, el cielo de la sociedad burguesa no se gana por medio de actos honrosos y morales; al revés, todo eso sobra para llegar á él y sólo la audacia, el cinismo, el fraude y la hipocresía, la ausencia, en fin, de todo sentimiento digno son los que franquean las puertas de ese edén terrenal.

Y en cuanto á instrucción, ¿cuál puede ser la de los obreros en medio de la estrechez económica que le impone su reducido salario? Ninguna ó poco menos. Sus cerebros atrofiados por un trabajo mecánico, embrutecedor, que no requiere el menor ejercicio intelectual, hállanse casi imposibilitados de recibir el menor rayo de luz. ¿Qué sirve que se establezcan escuelas gratuitas y que á ellas se llame al obrero con el objeto de darle el pan del espíritu? Eso es una superchería. Si el exceso de trabajo y las mil privaciones sufridas han extinguido casi toda su energía y todo su vigor, convirtiéndole en un sér casi insensible, no cabe hablarle de instrucción, porque no comprenderá lo que se le dice; si su inteligencia no se ha apagado todavía por entero, si queda en ella una pizca de saber, el conocimiento de su miseria, el dolor que constantemente le mortifica y la dura jornada de trabajo que le exigen por un mezquino salario le preocuparán y cansarán de tal modo, que ni su cabeza ni su cuerpo estarán en la disposición necesaria para dedicarse al estudio más sencillo. En condiciones tales, es imposible estudiar, imposible

Biblioteca Nacional de España

adquirir la menor enseñanza. Los obreros que acuden á las escuelas gratuitas no desmienten, antes bien confirman, nuestra afirmación; además de ser relativamente un número escasísimo, compónese éste de algunos obreros que, por excepción, tienen una jornada de trabajo reducida, y de otros, pocos en cantidad, que cuentan con una naturaleza y una voluntad muy fuertes. Mientras no se aligere la carga del trabajo, la generalidad de los proletarios no se hallará en situación de cultivar su inteligencia.

Y si intelectual y materialmente el obrero se halla poco menos que aniquilado, á consecuencia de su dependencia económica de la burguesía, políticamente se halla sometido á los representantes de la clase patronal; en primer lugar, la burguesía le ha excluído de toda funcion política que pudiera darle en apariencia carácter de interventor en los asuntos del país, y aun en el caso de que las luchas de unas fracciones burguesas con otras exigieran la concesión de algunas libertades políticas, ¿acaso no tienen en su mano, á más de los privilegios económicos, por medio de los cuales anulan el ejercicio de dichas libertades, el Poder político, el Estado, para, por medio de él, hacer cuanto se les antoje? Claro que sí; luego hoy, por estar desheredados de dichos derechos, no significan ni son nada los obreros, y mañana, cuando las circunstancias exijan que se les den, se mutilarán primero explotando su ignorancia, y después, cuando tengan conciencia de ellos y quieran ejercerlos con libertad, poniendo en juego los mil resortes de la fábrica y del taller ó del Estado.

Para librarse, pues, los trabajadores de la miseria social, el envilecimiento intelectual y la dependencia política, precisan de todo punto destruir la causa que engendra estos males, y que es sencillamente la dominación económica que la clase burguesa ejerce sobre ellos. Mas para que este dominio desaparezca, y la esclavitud humana termine por completo, es necesario arrebatar de manos de la burguesía los instrumentos de la producción que hoy monopoliza.

IV

Una de las cosas que con más interés niegan los órganos de la burguesía es que el Poder político, ó lo que es lo mismo, el Estado en sus diversas manifestaciones, que se halla en manos de dicha clase,

Biblioteca Nacional de España

funcione solamente á favor de los intereses de ésta y en contra de los intereses de la clase proletaria.

Sin embargo, nada tan exacto como la afirmación estampada en nuestro programa, y que dice así: «Los privilegios de la burguesía están garantizados por el Poder político, del cual se vale aquélla para dominar al proletariado.»

Veámoslo.

¿Dónde se proyectan, discuten y aprueban las leyes que rigen la sociedad presente? En el Parlamento, en el *templo de las leyes*, según le llaman enfáticamente los oradores de la burguesía y los escritores que están á su servicio.

¿Y quiénes eligen el Parlamento?, ¿quiénes le forman? La elección, ya sea por medio de un sistema restrictivo, ya por otro más amplio ó por el sufragio universal, la verifican siempre los privilegiados. Como la libertad política, única que hoy cabe tener, no lleva aparejada la libertad económica, el obrero, libre políticamente para votar á quien le parezca, no lo es por la esclavitud que le impone el taller ó la fábrica. La prueba de que aun con el sufragio universal las elecciones son hechas por los burgueses nos la suministran los países en que ha imperado é impera ese sistema de elección, tales como el nuestro, Francia, Suiza, Alemania y los Estados Unidos. Nosotros defendemos el sufragio universal por ser un excelente medio de agitación y propaganda para nuestras ideas; pero le negamos la virtud de poder por sí mismo emancipar á la clase proletaria.

Cuanto á los individuos que van á los Parlamentos, la inmensa mayoría proceden de las filas de la burguesía, teniendo ésta muy buen cuidado de enviar allí á los que reúnen mejores condiciones para ser fieles guardianes de los privilegios capitalistas.

Quizá no falte quien objete á lo que decimos que los ingenieros, médicos, escritores y otros individuos que ejercen profesiones intelectuales no son burgueses, sino trabajadores, y trabajadores de superior calidad. Pero esta objeción carece de valor real. En efecto; el médico, el ingeniero, el escritor, etcétera, etc., son obreros, y obreros muy apreciables, á quienes veríamos con gusto á nuestro lado defendiendo su propia causa; mas cuando esos obreros se consagran á defender la clase explotadora, á ser su mejor escudo y los mantenedores de sus monopolios, no sólo merecen el calificativo de burgueses, sino que para nosotros lo son más que los pro-

Biblioteca Nacional de España

piamente tales. En este caso se encuentra la mayoría de los hombres de carrera que componen hoy los Parlamentos.

Si el Parlamento está, pues, constituído en su mayor parte por hombres procedentes de la clase burguesa, ¿qué espíritu informará las leyes que en él se elaboren? Forzosa y necesariamente aquél que convenga á sus representados.

En dos solos grupos pueden descomponerse todas las leyes que emanan de esos Cuerpos. Uno, sumamente numeroso, formado por las leyes y disposiciones que tienen por objeto facilitar el desarrollo de todos los veneros de riqueza, de todas las fuentes de producción, no para beneficio del país en general, sino para el enriquecimiento del bando capitalista. Si por efecto de dichas leyes resulta un progreso, un bienestar para la nación, no es porque haya habido ese propósito al dictar aquéllas, sino porque se ha producido sin pensar en tal fin.

El segundo grupo es más reducido, y las leyes que lo componen están en perfecta armonía con las del anterior, pues si aquéllas benefician á la clase parásita, éstas tienden á dominar, á someter, á esclavizar hasta el último extremo á los individuos de la clase productora.

Se votan, pues, en el Parlamento, de una parte, presupuestos, empréstitos, concesiones, Tratados de comercio, indemnizaciones, viudedades, etc., etc., todo ello favorable á la burguesía; y de otra, leyes de orden público, Códigos, aumentos en la fuerza armada y otras por el estilo, que tienden exclusivamente á atar de pies y manos á la clase trabajadora.

Lo que no se vota en el Parlamento, como no sea por la presión que ejerzan sobre él los obreros organizados, son leyes que reduzcan la jornada de trabajo, que determinen un mínimum de salario, que impongan una baja en los alquileres de las habitaciones, que hagan efectiva la responsabilidad de los patronos en los accidentes ocurridos en las fábricas y talleres, que impidan la escandalosa é irritante explotación que se ejerce con los niños y las mujeres, á quienes por dos y tres reales se hace trabajar diez, doce y catorce horas al día; que faciliten recursos á los obreros que padecen hambre por carecer de trabajo á consecuencia de lo mucho que se ha explotado antes su fuerza, y tantas y tantas otras medidas como los infortunios de la clase necesitada exigen.

Y no hay que temer, no, que las resoluciones del

Biblioteca Nacional de España

Parlamento dejen de cumplirse, sobre todo en lo que tienen de esenciales, y que el Poder ejecutivo ó Gobierno vaya á adoptar acuerdos contrarios á aquéllas. Si el Parlamento es el timonel de la nave burguesa, y siempre está alerta para evitarla todo choque y peligro, el Gobierno, aunque pueda parecer otra cosa juzgando equivocadamente ciertos hechos, es el servidor del Parlamento, su delegado, y, por lo tanto, si no quieren ser depuestos los individuos que le forman, si no quieren perder sus elevadas posiciones, han de cumplir lo que aquél les mande.

Y no es sólo ya que los legisladores sean en su mayoría burgueses y los principales ejecutores de ellas también, sino que las distintas fuerzas que sirven de sostén á los privilegios patronales tienen á su frente burgueses ó hijos de burgueses.

Véase el Ejército, y salvo algunas excepciones, el Estado Mayor, los directores de esa fuerza, pertenecen á la clase dominante.

Obsérvese la Magistratura, y se comprobará lo mismo.

Échese una mirada á los demás soportes del régimen patronal, y á la cabeza de todos veremos elementos de esa clase.

Así es, que lo mismo el Parlamento, que hace las leyes; que su representante el Gobierno, que da las disposiciones, para que se cumplan; que los encargados por éste de ponerlas en práctica, todos, absolutamente todos, son burgueses.

El Poder político, pues, de que éstos disponen se mueve siempre en pro de los privilegios de su clase, y en contra, por consiguiente, de los intereses de la clase trabajadora.

Por eso es condición precisa para que los proletarios puedan llegar á la realización de sus deseos, á su emancipación económica, que se apoderen de dicho Poder, arrebatándoselo á la clase que hoy le tiene en sus manos.

V

Es evidente que una sociedad donde los elementos productores, los que crean cuanto es necesario á la vida y al desarrollo de la especie humana, carecen de todo, sufren mil tormentos y están completa-

Biblioteca Nacional de España

mente subyugados, mientras los holgazanes, los parásitos, los que no aportan al acervo común casi ningún esfuerzo útil, nadan en la abundancia, gozan de todo y tienen reducidos á horrible cautiverio á los que todo lo producen, es evidente, decimos, que una sociedad donde esto pasa está condenada por la justicia.

Los mismos verdugos, ó, lo que es igual, los burgueses, convienen en este punto con las víctimas.

A su vez, la razón condena también y rechaza un sistema social como el presente, en que á mayor abundancia de productos, á una considerable riqueza corresponden mayor suma de privaciones y un grado extraordinario de aflicción y de miseria.

Raya en lo absurdo ver á una porción de seres andar desnudos, carecer de albergue y morir de hambre, cuando hay casas inhabitadas, ropas y calzado que deteriora el tiempo, no el uso, géneros alimenticios de todas clases que se pudren y pierden por no haber sido entregados al consumo en el momento necesario.

Protesta además la razón contra un medio social que, según se desarrolla y llega á sus últimos límites, hace del sér inteligente, útil y moral, un esclavo, y convierte en señor, casi en dios, al que está desprovisto de aquellas cualidades y se halla dominado solamente por el afán de enriquecerse, no mediante su capacidad y su esfuerzo, sino á costa de la actividad y el conocimiento ajenos.

La justicia y la razón exigen, pues, que un estado tal de cosas desaparezca; pero ni la una ni la otra, ni ambas juntas, bastan para hacerle desaparecer. Los estados sociales anteriores eran injustos también y vivieron durante mucho tiempo, y cuando cayeron no fué precisamente al soplo de la justicia.

Aunque no en tanto grado como la actual, las sociedades pasadas pugnaban igualmente con la razón, y, sin embargo, ésta por sí sola no pudo dar en tierra con ellas. Y si separadamente ni la justicia ni la razón pudieron derrocar instituciones y sistemas que se oponían á su dominio, tampoco lo alcanzaron hermanadas, si bien fué provechoso su concurso.

Lo que ha demolido, lo que siempre ha deshecho y sepultado los organismos sociales caducos, facilitando la aparición y el desarrollo de otros organismos, ha sido la necesidad, esa poderosa fuerza que no conoce dique alguno capaz de contenerla.

Biblioteca Nacional de España
Biblioteca Nacional de España

Ella fué la que redujo á la nada la esclavitud; ella la que puso término á la servidumbre; ella es la que hoy ordena, la que exige imperiosamente que el salariado, última forma de la sumisión de unos seres á otros, deje de existir, desaparezca.

Toda clase social necesita, en primer término, para dominar á otra ó á otras clases garantizarlas, por lo menos, su subsistencia material en cierto grado: cuando esto no le es posible, su caída es inevitable. Y en esta situación se encuentra actualmente la burguesía.

Mientras su desarrollo fué lento, mientras no pasó de ciertos límites, su vida no sólo no ha corrido peligro alguno, sino que se ha deslizado tranquilamente; pero en cuanto adquirió algún vuelo, inmediatamente que la mecánica y el vapor fueron utilizados por ella, su fuerza y su poder crecieron, es verdad, mas al propio tiempo engendraron el mal que ha de devorarla. El proletariado, que hasta entoces puede decirse que no era conocido, empezó á dar señales de existencia con algunas huelgas, especie de chispazos que parecían anunciar la tremenda lucha económica que existe en nuestros días, la cual, revistiendo caracteres políticos y tomando las colosales proporciones de un verdadero conflicto social, de una conflagración terrible entre las dos clases existentes, tiene preocupado en estos momentos al bando capitalista.

Obligado éste á crear valores, no en vista de las necesidades que tiene la sociedad actual, sino con el fin de hacer productivos sus capitales, de aumentarlos más cada vez, acomete todo género de empresas, toma parte en cuantos negocios se le presentan y da toda la expansión que puede á los medios de producción de que dispone. Esta fiebre de explotación, esta descompasada manera de crear mercancías, hace que la cantidad de éstas traspase con mucho el número de las que pueden ser consumidas y origine las crisis económicas. Con estas crisis la clase capitalista sufre un quebranto en sus fuerzas—la desaparición de sus filas de los burgueses arruinados—y deja sin medios de vida á una gran parte de la clase trabajadora.

Sucédense los períodos de trabajo y sucédense las crisis, y la burguesía, aunque ciertamente aprovecha para sus fines la parada de miles de obreros, siéntese desangrar por los elementos que pierde en cada paralización comercial ó industrial, y vese amedran-

Biblioteca Nacional de España

tada por la actitud imponente y amenazadora que adopta el proletariado, impulsado á una por el hambre que le atormenta y por la mayor claridad con que aparecen á su vista las causas que originan su triste y miserable estado.

La crisis actual, cuyo término no se columbra, parece indicar que la paralización del trabajo, mejor dicho, la falta de ocupación de millares de obreros, va á dejar de ser un fenómeno transitorio, aunque durable, para convertirse en hecho constante, en mal perpetuo.

Y en cuanto eso acontezca, el estado de la burguesía será sumamente crítico, pues al paso que sufrirá rápidos desprendimientos de una parte de los suyos, convertidos en proletarios poco menos que de la noche á la mañana, la clase trabajadora, que aumentará sus fuerzas con las disgregaciones de su enemigo, no podrá permanecer quieta sufriendo resignada ó muriendo las terribles consecuencias que forzosamente se derivarán de un estado tan grave y anómalo.

Los sucesos de Decazeville, Londres, Bélgica y otros muchos que han ocurrido después de aquéllos, ¿qué son mas que signos precursores de la necesidad que existe de concluir con los antagonismos sociales y, por lo tanto, con la sociedad que los mantiene?

No dudamos de que la burguesía, ansiosa de prolongar su existencia como clase, transigirá en parte con los proletarios y sacrificará á favor de éstos algunos privilegios; pero semejante transigencia no la salvará. Impotente para atender en la medida precisa las necesidades de la clase sometida, de la clase trabajadora; sin poder conjurar el conflicto económico que lleva en sus entrañas el régimen burgués, cual es el realizar una producción social y una apropiación individual; debilitada constantemente, ya por disminuir su fuerza numérica, ya por descender su nivel intelectual; teniendo enfrente de sí á la clase productora, lo mismo al obrero de la Universidad que al del taller, al que se emplea en el trabajo más fino y delicado que al que desempeña las más rudas faenas, la clase capitalista no podrá detener con sus forzadas concesiones á los asalariados, quienes hartos de sufrir y padecer, y ávidos de librarse de la esclavitud que por tanto tiempo les ha oprimido, darán el golpe de muerte á la burguesía, destruyendo el estado social por ella creado.

Esto, como se afirma en nuestro Programa, á más de ser justo y razonable, es, sobre todo, necesario.

Biblioteca Nacional de España
Biblioteca Nacional de España

VI

El Socialismo moderno, representado principalmente por los Partidos Obreros de todos los países, afirma que la desaparición de la desigualdad y el antagonismo entre la clase burguesa y la clase productora sólo puede conseguirse por la transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común (1) de la sociedad entera.

Aunque todos de origen burgués, preséntanse otros medios para poner fin al antagonismo social: la instrucción, el fomento del trabajo, la división de la propiedad, la cooperación y la coparticipación.

Ninguno de estos medios puede resistir el más ligero análisis.

Creer que la instrucción, dando al obrero mayor conocimiento del que hoy tiene, puede librarle por sí sola de la miseria, es la mayor de las ilusiones. Aparte de que una sociedad que priva á la masa productora de los recursos suficientes para satisfacer sus necesidades materiales está imposibilitada de dar un buen alimento intelectual, una instrucción completa, aunque ocurriera tan sorprendente y extraordinario caso, no por eso los asalariados dejarían de vivir en la miseria y de estar supeditados á los capitalistas. Hoy mismo lo vemos: hombres de superior inteligencia, poseedores de un vasto caudal de conocimientos, se hallan retribuídos mezquinamente y sometidos por completo á la voluntad de los que compran sus servicios. Los que mandan, los que imperan en la sociedad burguesa, no son los que más saben, sino los que más tienen; no los que han frecuentado las Universidades y Ateneos, sino los que generalmente no han pasado por ellos nunca.

---

(1) Para nosotros, SOCIALISMO, COLECTIVISMO, SOCIALISMO COLECTIVISTA y COMUNISMO significan siempre la misma cosa, esto es, un régimen económico que tenga por base la propiedad social, común ó colectiva, y que niegue su apropiación individual ó corporativa.

Si los afiliados al Partido se llaman comunistas no es porque aspiren á plantear el comunismo predicado por Cabet, Fourier y los antiguos comunistas, sino por ser partidarios de un sistema social en que los medios de producción pertenezcan á todos y estén á disposición de los que deban usufructuarlos.

Biblioteca Nacional de España

Los directores del organismo burgués se llaman Rotschild, Westminster, Vanderbilt y Guld, de los cuales son servidores, nada más que servidores, mejor ó peor retribuídos, los políticos, los literatos, los abogados, etc., etc.

Los que sostienen que los conflictos económicos y la miseria cederán ante una producción libre de trabas y con mercados dispuestos á recibirla, se engañan por completo ó propagan á sabiendas una falsedad. Si los pueblos donde impera el atraso industrial sufren hambre y miseria, hambre y miseria en mayor grado padecen también aquellos otros pueblos en que el fomento de la industria ha llegado á su mayor auge. Claramente lo prueba la emigración. España, Portugal é Italia, que van en desarrollo industrial á la cola de los demás países, no dan á la emigración un contingente tan crecido como Inglaterra y Alemania, los dos pueblos más industriales de Europa.

Si yerran Gabriel Rodríguez, Moret, Pedregal y otros *eminentes* economistas de España al asegurar que cuantas menos trabas tenga el comercio y más libertad haya para producir, la situación del obrero tiende á mejorar, no cometen menor dislate los que defienden como solución salvadora para la clase que trabaja la división de la propiedad y la concesión de ella en pequeñas porciones. Cuando la tendencia de las fuerzas económicas es concentrar los medios de producción; cuando la mecánica, el vapor y la electricidad, invadiéndolo todo, exigen extensos campos donde desplegar su fuerza y su poder; cuando la competencia feroz que hoy impera en el mercado arruina al que cuenta con instrumentos de trabajo imperfectos ó produce en pequeña escala; cuando todo esto ocurre, decimos, querer dar la tierra en pequeños lotes no sólo es ir contra el progreso económico, sino exponer á un terrible desengaño á los trabajadores que de ese modo se hicieran propietarios.

La cooperación predicada por los burgueses, donde sólo se tiene en cuenta el interés individual, ni puede llegar á transformar las condiciones sociales, obra que exige que el proletariado sea dueño del Poder político, ni siquiera es un arma para que los trabajadores puedan mejorar su suerte.

La cooperación de consumo, teniendo por fin, no el beneficio de unos cuantos, sino el del mayor número de individuos, es favorable á los intereses de

Biblioteca Nacional de España
Biblioteca Nacional de España

los trabajadores, aunque nunca por sí sola pueda producir la emancipación del proletariado. La cooperación de producción, únicamente posible cuando el desarrollo de la de consumos sea grande, jamás podrá tampoco ser instrumento para que el productor se redima, sino medio no más de mejoramiento siempre que se desenvuelva con tino. Dar á la cooperación mayor alcance es desconocer la importancia de la prepotencia económica de la clase patronal.

La coparticipación, con la que tan encariñados están los filántropos burgueses, es un verdadero *timo*—dispénsesenos la palabra—.Este sistema, adoptado solamente por los industriales que no pueden vigilar á sus obreros ni ver el uso que éstos hacen de los materiales que emplean, es primo hermano del trabajo hecho á destajo, y como éste, sólo favorece al patrono, el cual, dando al obrero una mezquina participación en los beneficios que él obtiene, hace que trabaje, movido por tan miserable incentivo, una tercera parte ó una mitad más que lo haría si sólo percibiera un salario.

Los trabajadores que caen en el lazo de la coparticipación, en vez de alcanzar un estado mejor, como se les promete, lo que en realidad hacen es abreviar su existencia merced á un excesivo trabajo.

Vese, pues, por el ligero examen que acabamos de hacer, que todos los medios expuestos carecen de virtud para librar á la clase trabajadora de la dura explotación que sobre ella pesa.

¿Y cómo no, si todos ellos dejan en pie la causa eficiente del dominio burgués?

Para que cese la explotación del hombre por el hombre, para que el antagonismo y la desigualdad sociales se truequen en armonía y paz entre todos los seres humanos, es preciso, de todo punto preciso, que los medios de producción dejen de ser propiedad individual, propiedad de una clase, para convertirse en propiedad de todos, en propiedad social.

Sólo de este modo la omnipotencia de la burguesía quedará aniquilada; sólo así podrá extinguirse para siempre la esclavitud impuesta por los menos á los más.

Los trabajadores no deben olvidar nunca que su acción revolucionaria tiene por fin supremo arrebatar á la clase capitalista, con los instrumentos de trabajo, su propia existencia.

Biblioteca Nacional de España
Biblioteca Nacional de España

VII

Así como para que un hombre no sea esclavo de otro es de todo punto necesario transformar los medios de producción en propiedad común, en propiedad de todos, al revés precisamente de lo que acontece hoy, que son propiedad de algunos individuos ó colectivades, así también para efectuar esa transformación, para obligar á la clase capitalista á que devuelva á la sociedad los instrumentos de trabajo que detenta, es imprescindible que la clase trabajadora, que todos los proletarios perfectamente organizados y dispuestos á librarse del yugo que por tanto y tanto tiempo han venido sufriendo, se apoderen del Poder político; esto es, lo arranquen de las manos de la burguesía y se hagan dueños de él.

Podrá la evolución económica, el desarrollo del sistema burgués, quitar de delante grandes obstáculos y no pocos inconvenientes que para verificar la transformación por nosotros apetecida existen todavía; pero por mucho que se simplifique el problema, por bien dispuestos que estén los elementos que han de sustituir á la organización llamada á desaparecer; por concentrados que se hallen los medios de producción y reducido el número de sus posesores; aunque una parte de la clase privilegiada, viendo próximo el fin de ésta y reconociendo la justicia de las aspiraciones obreras, se pase al bando proletario, no podremos prescindir, si queremos ser libres é iguales de veras, de apoderarnos del Poder político.

La clase burguesa, por debilitada que se encuentre cuando el proletariado se halle en situación de abrir las puertas de la vida al nuevo organismo social, no renunciará de buen grado, no se desposeerá voluntariamente de sus preeminencias y monopolios. Sólo ante la fuerza se someterá y sólo obligada por ella restituirá á los despojados lo que á éstos pertenece por todos conceptos.

Es cierto que aspiramos á llevar representantes de nuestras ideas al Municipio, á la Diputación y al Parlamento; pero jamás hemos creído ni creemos que desde allí pueda destruirse el orden burgués y establecerse el orden social que nosotros defendemos. ¿Cómo habíamos de caer en tal error, si preci-

Biblioteca Nacional de España

samente el parlamentarismo es la institución por la cual la burguesía ha asegurado mejor su poderío y obtiene de los gobernantes lo que más conviene á sus intereses?

No; no incurrimos en la candidez de creer que nuestras ideas puedan tener mayoría en los Parlamentos, en las Diputaciones ni en los Municipios, por el contrario, entendemos que será relativamente fácil hacer franquear las puertas de esos baluartes burgueses á algunos representantes de nuestras ideas; y al conseguirlo, no esperamos de sus esfuerzos ni de sus trabajos que hagan cambiar el rumbo de la nave burguesa, es decir, paralizar la explotación que ésta ejerce sobre la clase obrera. Si nosotros queremos que vayan á aquellos sitios diputados ó concejales socialistas, es porque allí, merced á sus proposiciones ó á sus proyectos de ley, además de poder arrancar alguna mejora para los trabajadores, harán que se manifieste el antagonismo de clase; que los Gobiernos burgueses se revelen tal cual son, guardadores y nada más que guardadores de los intereses capitalistas; que los distintos partidos de la burguesía, monárquicos y republicanos, no obstante sus diferencias políticas, se muestren unidos en contra de las reclamaciones obreras; que se vea, en fin, que mientras se hacen en tres días ó una semana leyes provechosas á los intereses de la clase expoliadora, no se elabora ninguna ó se elabora de mala gana é incompletas al cabo de muchos años, favorable á los proletarios. Queremos, sobre todo, enviar representantes socialistas al Parlamento, las Diputaciones y el Municipio, para que se valgan de esas tribunas y agiten desde ellas, convirtiéndolas en foco de propaganda de nuestra doctrina, á la inmensa masa desheredada; con lo cual, si no conseguimos que el Parlamento burgués, obrando contra sus intereses, acepte nuestras ideas, lograremos que la clase trabajadora adquiera conciencia de sus intereses.

Al mostrarnos, pues, partidarios de que vayan representantes socialistas al Parlamento ó á los Cuerpos administrativos, no entra en nuestros cálculos sacar de ellos la transformación de los instrumentos de trabajo en propiedad común; lo que intentamos con eso es contribuir desde allí poderosamente á la formación del ejército revolucionario.

Y formado que sea ese ejército; preparadas que se hallen las huestes obreras, cualquier conflicto de los que necesariamente ha de producir el orden

Biblioteca Nacional de España

burgués, una guerra, una crisis económica, puede ponernos en el caso de intentar la conquista del Poder político, conquista que, según se desprende de lo que decimos al principio de estas líneas, sólo podrá alcanzarse revolucionariamente y nada más que revolucionariamente.

Por tanto, el Partido Socialista Obrero no ha entendido ni entiende que el ir al Parlamento sea para conquistar el Poder político, ni que esta conquista pueda ser pacífica.

Dicho queda, pues, por qué queremos acudir al referido Cuerpo y expresada también de qué manera pensamos hacernos dueños del Poder político, del Gobierno.

En manos éste de la clase trabajadora, la imposibilidad en que la misma se encontraba antes de concluir con el dominio burgués desaparece, pues inmediatamente que aquel Poder esté á su disposición puede expropiar de los grandes medios de producción á la clase parásita, quedando por este solo hecho la burguesía aniquilada y convertidos sus individuos en simples productores, que, como los demás, tendrán á su disposición los instrumentos de trabajo con que poder cumplir el deber social de contribuir á la producción para tener derecho á satisfacer todas sus necesidades.

El Poder político es, pues, para el proletariado, como establece nuestro programa, la poderosa palanca con que ha de destruir los obstáculos que se oponen á la transformación de la propiedad en el sentido que reclama el Partido Socialista Obrero.

VIII

Dados á conocer los hechos y razones que sirven de fundamento á la aspiración del Partido Socialista Obrero, la parte principal de nuestro trabajo está ya terminada, faltando solamente para concluirle del todo, decir algo acerca de los medios inmediatos que piensa poner en juego el Partido Socialista á fin de conseguir el triunfo de sus ideas.

Eso es lo que vamos á hacer en el presente capítulo.

Ya lo hemos dicho en otra parte y volvemos á repetirlo aquí: sólo cuando la clase trabajadora se haya

Biblioteca Nacional de España

apoderado del Poder político, quitándole de manos de la burguesía, podrá dicha clase aniquilar á la patronal y realizar su emancipación. Pero para que los proletarios puedan conquistar el Poder político deberán adquirir imprescindiblemente una educación revolucionaria y una fuerza que hoy no tienen.

¿Y cómo alcanzar ambas cosas? ¿Cómo conseguir que los trabajadores descubran perfectamente el antagonismo social y se preparen y organicen para eliminarle? De ningún modo mejor que asociándose, que reuniéndose, que manifestándose, que divulgando las ideas producidas por los hechos económicos y que entrando en combate con todo lo que, de un modo ó de otro, pretenda sostener ó dar largas á las instituciones burguesas.

Y si esto es preciso, lo es también sacar de su postración á las numerosas víctimas de la rapacidad patronal, vigorizarlas y hacer que presten atención á lo que sus intereses exigen.

Para obtener lo primero es necesario que las libertades políticas subsistan; para conseguir lo seguudo precísase recabar cierto número de reformas.

A esto responde la inclusión en el Programa de nuestro Partido de dos clases de medidas, unas de orden político y otras de carácter económico.

No se entienda por eso que nosotros acariciamos el pensamiento de que las libertades políticas van á practicarse en toda su extensión y de que las reformas económicas se alcanzarán inmediatamente. En manera alguna.

Las libertades políticas, que tanto alaban y ponen en las nubes los órganos de los partidos avanzados burgueses, no serán jamás una verdad para el obrero en el sistema capitalista. Mermadas siempre, lo serán más todavía cuando los obreros, valiéndose de ellas, adquieran cohesión y unidad y logren poner en aprieto los intereses de sus señores. Pero aun de este modo, aun restringidas por los que tienen poder bastante para burlar la ley, nosotros reclamamos las libertades y los derechos individuales porque sabemos que mediante ellos hemos de movernos más desembarazadamente que hoy y trabajar con mayor resultado por el progreso de las ideas socialistas.

El mismo sufragio, ese sufragio universal de que hipócritamente piensa valerse la burguesía para dar un barniz de legitimidad á su poder, será en nuestras manos un arma revolucionaria el día que se establezca. Con él no intentaremos, cual malévola ó equi-

Biblioteca Nacional de España

vocadamente suponen algunos, llevar mayoría obrera al Parlamento y á los Municipios, llegando así á la posesión del Poder político; pero sí podremos hacer que el antagonismo de clases se ahonde y extienda, que el divorcio entre los partidos burgueses y la clase asalariada sea completo, y que la propaganda socialista tome asombroso y rápido vuelo.

Cuanto á las reformas, no ignoramos que la burguesía se resistirá á concederlas, y que cuando las alcancemos procurará burlarlas; pero su misma conducta servirá para que los proletarios trabajen con más empeño en obtenerlas, y, obtenidas que sean, se muestren activos y celosos en exigir su cumplimiento.

No han faltado periodistas burgueses ni — lo que es más raro — algunos trabajadores que, tomando por ideal de nuestro Partido los medios á que acabamos de referirnos, han afirmado que nada nuevo venía aquél á defender, llegando los primeros á decir que, si ése era el Programa del Partido Obrero, se hallaban conformes con él.

La ligereza con que leen y escriben los periodistas burgueses sólo puede explicar tamaño desatino.

Lo que da vida y caracteriza á nuestro Partido no es su propósito de alcanzar las libertades políticas y una serie de reformas de mayor ó menor importancia, sino la aspiración que le sirve de bandera, y que le distingue y separa por completo de todos los partidos burgueses, retrógrados y avanzados.

Con él no pueden confundirse ni mezclarse los que no reconozcan el antagonismo social, la lucha de clases, y, reconociendo éstos, no se pongan inmediatamente al servicio de la causa proletaria, proclamando estos tres puntos:

1.° Posesión del Poder político por la clase trabajadora.

2.° Transformación de la propiedad individual ó corporativa de los instrumentos de trabajo en propiedad común de la nación.

3.° Constitución de la sociedad sobre la base de la federación económica, de la organización científica y de la enseñanza integral para todos los individuos de uno ú otro sexo.

O sea la completa emancipación de la clase trabajadora.

No hay, no puede haber, por avanzado que sea, ningún partido burgués cuyas doctrinas coincidan ó se aproximen siquiera á las sostenidas en los puntos anteriores.

Biblioteca Nacional de España

Y al mismo tiempo que afirmamos esto, aseguramos que aun lo que nosotros estimamos como medios y algunos partidos burgueses avanzados como parte de su ideal, esto es, las libertades políticas y las reformas económicas y administrativas beneficiosas á la clase obrera, no será jamás defendido por los citados partidos, como lo será por el Socialista Obrero.

¿Quién necesita más los derechos de reunión, asociación, manifestación, etc., etc.? Los trabajadores. Luego nadie puede desear más que ellos la práctica de esos derechos.

¿Quién necesita, á quién le urge de veras la higiene en los talleres, la reducción de la jornada de trabajo, la responsabilidad de los accidentes en el mismo, etc.? Indudablemente á los obreros. Pues entonces, ¿cómo han de defender dichas medidas con más calor que nosotros los directores de los partidos avanzados, que no sufren nuestras penalidades ni padecen nuestras desdichas?

Esos partidos sostienen las libertades políticas, no por favorecer á la clase obrera, sino por llevarse de ella las fuerzas que necesitan para pelear con sus adversarios y ocupar el Poder. Así se ha visto que cuando le han ocupado, esas libertades han sido mutiladas.

Las medidas favorables á la clase trabajadora que en su programa han consignado dichos partidos, más están allí para alucinar á los sencillos obreros que para llevarlas á la realidad. Eso resulta de la actitud del partido federal, que, no obstante haber tomado en su Asamblea de Zaragoza varias resoluciones favorables á la clase obrera, no ha hecho después, como parecía lógico, campaña chica ni grande para trocarlas en leyes.

En vano se esperará que los partidos burgueses tomen algún interés por los asuntos de la clase trabajadora. Si la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos, también debe ser obra suya obtener las mejoras que les sea posible del actual orden de cosas, y los derechos que convengan á sus intereses y á su situación.

Así lo ha entendido el Partido Socialista Obrero, y así lo tiene consignado en su Programa.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

VIDA SOCIALISTA

SEMANARIO ILUSTRADO

Número suelto, 15 céntimos.-Tri-
:: :: :: mestre, 1,75 pesetas. :: :: ::
Extranjero: Semestre, 5 pesetas.

MADRID

Limón, n.º 8. - Apartado 472.

PUBLICA EN TODOS SUS NÚMEROS

Vida política, por *Pablo Iglesias;* **Informaciones extranjeras, Páginas feministas, Crónicas, Escobazos, Colaboración** de distinguidos escritores, entre los que figuran Dicenta, Répide, Ciges Aparicio, Soriano, Carrere, Quejido, Hernández-Cid, Benavente, Zozaya, Francés, Ortega Gasset, Trigo, Torralva Beci, etc., etc., **Poesías, Caricaturas, Fotografías.**

APARECE LOS DOMINGOS

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL
BN
1001745272

Biblioteca Nacional de España